LA MODA ELEGANTE

Año XXII. **PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,** Num. 10.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,
Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

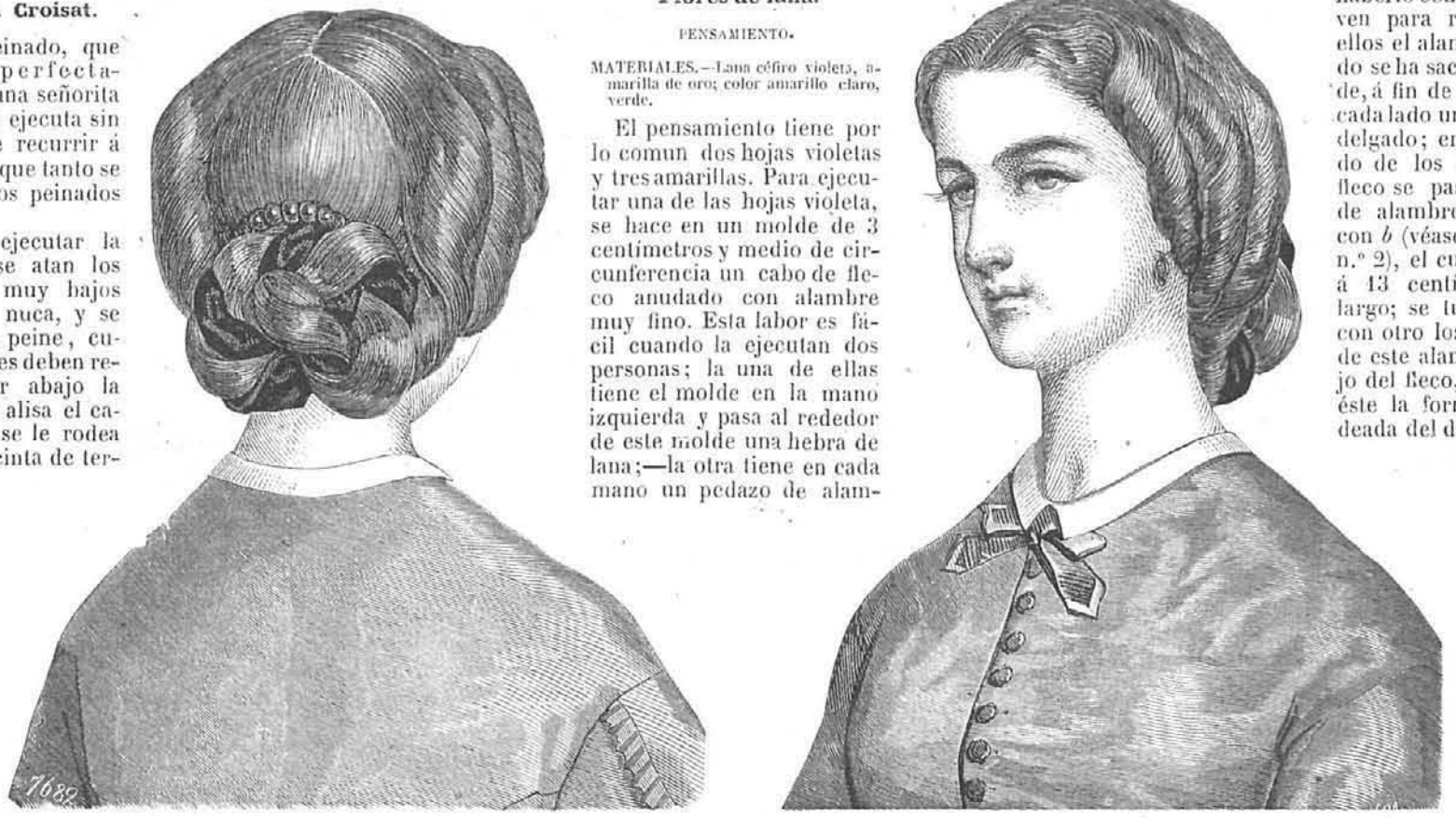
Sumario.—Peinado de Mr. Croisat.—Flores de lana.—Zarzarosa.—Capullo de rosa.—Explicacion del grabado de modas.—Vestidos para bailes y soares.—Averroes.—El Doctor Antonio.—La Cuaresma.—En un álbum.—Explicacion del fignrin iluminado.—El salto del Caballo.—Solucion del geroglífico anterior.

Peinado de Mr. Croisat.

Este peinado, que conviene perfectamente á una señorita jóven, se ejecuta sin tener que recurrir á postizos, que tanto se usan en los peinados actuales.

Para ejecutar la yastaña se atan los babellos muy bajos sobre la nuca, y se coloca el peine, cuyos dientes deben recasar por abajo la cinta; se alisa el cabello, y se le rodea con una cinta de terciopelo negro, color castaño, ó color vivo. Este torcete debe ser muy flojo, y se anuda la punta del cabello con la de la cinta. El torcete se dirije primero á la derecha, al través del peine, bajo cuyos dientes se asegura por medio de algunos alfileres, d spues se lleva el torcete á la izquierda, y se forman las cocas de arriba.

En el cabello de delante, en el que se han puesto papillotes, se divide en tres gruesos bucles, cuyo extremo se sujeta debajo de la castaña. Con el peine se levanta el cabello colocado sobre la frente, á fin de conservar á este peinado, muy jóven y muy modesto el carácter particular de los peinados de hoy, los cuales dejan siempre la frente despejada.



PEINADO DE MR. CROISAT.

Flores de lana.

PENSAMIENTO.

MATERIALES.—Lana céfiro violeta, amarilla de oro; color amarillo claro, verde.

El pensamiento tiene por lo comun dos hojas violetas y tres amarillas. Para ejecutar una de las hojas violeta, se hace en un molde de 3 centímetros y medio de circunferencia un cabo de fleco anudado con alambre muy fino. Esta labor es fácil cuando la ejecutan dos personas; la una de ellas tiene el molde en la mano izquierda y pasa al rededor de este molde una hebra de lana;—la otra tiene en cada mano un pedazo de alambre, y hace pasar el alambre de la mano izquierda á la mano derecha, y el de la derecha á la izquierda; se cruzan, por consiguiente, los dos alambres encima de la hebra de lana que se ha enrollado en el molde, y forman así una especie de costura sobre la parte de arriba del fleco.

El dibujo n.° 2 indica el largo del fleco necesario para una de las hojas del pensamiento. Los dos cabos señalados con *a* (*que se han acortado en el dibujo*) son los cabos del alambre, del cual se dejan por fuera 5 á 6 centímetros antes de cruzarlos por la primera vez; otro tanto se deja despues de haber concluido el fleco, que queda terminado cuando se han cruzado los alambres 18 á 20 veces. Se deja pendiente un cabo de lana antes de comenzar el fleco y despues de haberlo concluido; sirven para rodear con ellos el alambre cuando se ha sacado el molde, á fin de formar por cada lado un tallo muy delgado; en el otro lado de los bucles del fleco se pasa un cabo de alambre señalado con *b* (véase el dibujo n.° 2), el cual tenga 12 á 13 centímetros de largo; se tuercen uno con otro los extremos de este alambre debajo del fleco, para dar á éste la forma redondeada del dibujo n.° 3; se doblan por uno y otro lado los cabos *a*, y se les tuerce con el cabo *b* para formar el tallo de la hoja. De este modo se hacen todas las del pensamiento, y tambien las de otras muchas flores. Las hojas son mas ó menos grandes, segun sea la circunferencia del molde que se emplee. La hoja amarilla del medio, que es la mas oscura, se hace sobre el mismo molde que la anterior, y se compone de 17

© Biblioteca Nacional de España

á 19 hebras ó bucles de fleco. Las otras dos hojas mas largas se hacen con un molde de 1 centímetro y *se componen de 14 á 15 bucles. Las dos hojas* violetas se doblan de modo que queden algo ovaladas; se las dá fácilmente esta forma doblando ligeramente el alambre exterior. El dibujo que representa el pensamiento terminado servirá de modelo; sobre cada una de las tres hojas amarillas se hacen, con lana violeta, tres puntos largos en forma de rayos, luego se reunen todas las hojas que componen la flor. Para esto se toma un cabo de alambre de 6 á 8 centímetros de largo; se dobla uno de sus extremos de modo que forme un asa pequeña, y allí se coloca una borlita, hecha con 4 ó 5 hebras de lana verde, uno de cuyos extremos se asegura al asa de alambre; al rededor de esta borlita se colocan primeramente las dos hojas violetas, despues se aprietan al rededor del tallo las dos hojas amarillas de color mas claro, y finalmente la hoja de amarillo mas oscuro. Para atar las hojas se emplea alambre muy fino, ó bien seda, añadiendo un pedazo de alambre mas grueso para formar el tallo definitivo, el cual se cubre con lana verde.

Zarza-rosa.

MATERIALES.—Lana céfiro blanca, rosa ó encarnada; seda sin torce *igual á la lana.*

La zarza-rosa se compone de cinco hojas de igual tamaño, ejecutadas, como las del pensamiento, sobre un molde que tenga 4 centímetros y medio de *circunferencia (véase el dibujo n.° 2 para la ejecucion* de estas hojas). El alambre empleado para hacer el fleco debe envolverse con seda del mismo color de la lana; el fleco se compone de 20 bucles para cada hoja. Mientras que se hace el fleco se dirigen los alambres *a* hácia la parte posterior de la hoja, y se dobla ésta de modo que el borde inferior sea algo puntiagudo, mientras que el superior es redondeado, el centro se ahonda un poco; se toma hilo muy fuerte y rígido, se cortan 12 hebras de 4 centímetros de largo, se las ata por medio con un alambre, lo cual forma una borla de 24 hebras, cuya extremidad se moja en una disolucion de goma arábiga, teñida de amarillo con azafran; cada una de las hebras toma una gotita de esta disolucion, cuya gotita, cuando se seca, tiene el grueso de la cabeza de un alfiler.

Al rededor de esta borla se colocan las 5 hojas separadamente; el tallo se envuelve con lana verde.

Capullo de rosa.

MATERIALES. —Lana céfiro rosa oscuro; la misma lana verde medio color.

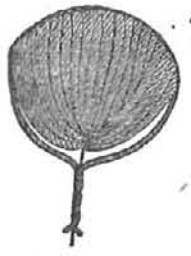
☞ *Este capullo se compone de cinco hojas* semejantes á la de la rosa cuya explicacion hemos publicado en nuestro número siete del presente año. Dos de estas hojas se hacen con 7 filas de lana, y tres con 8. El corazon está cubierto por las hojas, y se hace tal como indica el dibujo n.° 4 (véase el n.° 7 que contenia la explicacion de las *flores de lana*). Se disponen las hojas una á una al rededor del corazon, de modo que se cubran en parte unas á otras, principiando por las mas pequeñas. En cuan*to á los asideros verdes, se emplean el* musgo natural, ó bien se hacen de lana, como lo indica el dibujo n.° 6 del presente número. Para esto se toman dos ó tres hebras de lana verde que tengan 10 centímetros de largo, se las dobla por la mitad, se las rodea con alambre de modo que formen un ramito (véase el dibujo n.° 6), despues se aseguran estas hebras en el otro extremo del alambre; se colocan tres asideros en el capullo, y los alambres se envuelven con lana verde junto á las hojas de aquel.

TRAGES DE SOARE Y BAILE.

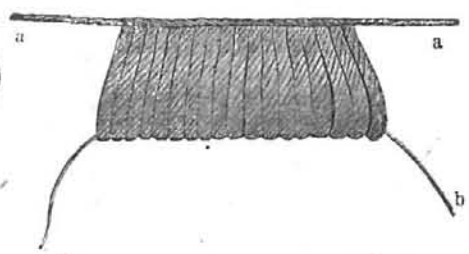
No faltarán acaso personas que hallen poco adecuada á la época del año porque atravesamos una descripcion de equipos para bailes y soarés; pero á poco que reflexionen, comprenderán de que no se nos ha podido pasar por las mientes el que nuestras lectoras se utilicen de ellos durante el tiempo de la cuaresma. Hemos tenido en cuenta que en pos de ellas vienen las pascuas, vuelven las reuniones, los espectáculos, y que un trage no se improvisa. La moda tiene que vivir adelantada, y estas descripciones son otros tantos elementos que podrán muy bien servir en su dia.

N.° 1.—EL PENSAMIENTO.

N.° 4.—ZARZA-ROSA.



N.° 3.—HOJA DEL PENSAMIENTO.



N.° 2.—PREPARACION DE LA HOJA DEL PENSAMIENTO, TAMAÑO NATURAL.

N.° 6.—ASIDERO DEL CAPULLO.

N.° 5.—CAPULLO DE ROSA.

Dos páginas enteras van consagradas á este objeto

Figura de la izquierda en primer término.—Abrigo para salida de baile ó teatro, de moaré antiqué color maiz, guarnecido por un volante de encage negro, encima del borde inferior. Capucha de encage negro.

Figurin de la izquierda en primer término.—Trage de tafetan blanco. Una tira de tafetan rosa, al sesgo, forma tirantes sobre el corpiño, y continúa sobre el trage de tul de ilusion, al que recoge por uno y otro lado. Esta tira, adornada de terciopelos negros estrechos, lleva por orla una blonda blanca. El trage de tafetan blanco está guarnecido con 4 volantes, orlados de terciopelo negro. Peinado con geranios rosas.

Figura dando el brazo á un oficial.—Trage de tafetan verde claro, recortado por los lados en puntas orladas con un rizado de tafetan y con una blonda blanca, sobre cada punta se ve una rosa bordada con torzal de seda. Los costados del trage son de tul rosa plegado horizontalmente sobre un paño de tafetan rosa; los paños de detrás están recortados en puntas como los de delante, pero sin rosas bordadas. Corpiño plegado de tul rosa. Berta de tafetan verde, adornada como el trage.

En último término.—Trage de tafetan rosa con rizados y lazos.—Trage de tafetan azul con bullones de gasa de plata.

Primera de las tres figuras del centro.—Trage de moaré antique blanco, con dos bullones de gasa blanca.—Segundo trage, de gasa blanca. — Tercer trage, de tul blanco. El primer trage está recogido por una tira ancha, recortada, de terciopelo color de naranja, con una gruesa flor de terciopelo y follage; la tira está bordada, y guarnecida por esterilla de plata; la segunda tira que recoge al trage de tul, es semejante á la primera, pero va desde el hombro izquierdo hasta debajo del brazo derecho. Berta compuesta de bullones de tul. Peinado con flores de terciopelo color de naranja.

Segunda figura del centro.—Trage de moer, guarnecido por delante con rizados de blonda blanca y lazos de cinta azul.

Tercera figura (sentada). —Trage de moer malva. —Segundo trage (mas corto por el lado izquierdo, pero casi tan largo como el primero por el derecho) de crespon malva. Este segundo trage va orlado por un ancho volante de encage blanco sobre el que corre una guirnalda de hojas de crespon verde; las mismas hojas en el hombro izquierdo; el hombro derecho está adornado con una guirnalda de las mismas hojas, que atraviesa por delante del corpiño y cae sobre el trage. Peinado con plumas blancas.

Detrás de la figura sentada.—Trage de tafetan blanco, guarnecido con cinco volantes de crespon blanco, y sobre ellos un rizado de tul blanco con encage negro estrecho. Túnica de encage negro. Berta correspondiente. Plumas blancas en el peinado.

Dos figuras vistas por detrás.—Trage de señorita, de tarlatana blanca; la enagua va adornada con tiras de tarlatana azul, dobles ó triples, rodeadas por volantes estrechos; losanges de tarlatana azul á bullones. Corpiño de tarlatana azul, con bullones por detrás,—por delante el corpiño, liso, es de tarlatana blanca, con orla de tarlatana azul dispuesta en bullones.

Trage de terciopelo rayado blanco. — La enagua va adornada con enrejados y ondas de esterilla de oro; los enrejados terminan en un fleco de oro. Berta con igual adorno de esterilla y fleco.

Figura á la derecha, en el último término.— Abrigo para salida de baile, teatro, etc., hecho de terciopelo rayado blanco, guarnecido de tiras de terciopelo liso grosella.

AVERROES.

Cualquiera que por los años 1130 á 1135 de la era vulgar hubiese recorrido las estrechas y súcias encrucijadas de la ciudad de Córdoba, no hubiera, sin duda alguna, dejado de fijar su atencion, en un caseron grande, con el frente á una pequeña plaza, y que á pesar de lo irregular de su fachada, y de sus pocas ventanas, *parecia ser la morada de un gran personaje, á juzgar* por la mucha gente, que atravesaba su largo portalon, y por el respeto que la entrada imponia en todos los semblantes.

Subiendo al piso principal, y despues de pasadas las primeras piezas, se encontraria en un lindo gabinete, amueblado á usanza mora, y en su fondo, recostado en almohadones de terciopelo, y con los piés sobre una bella alcatifa, un hombre jóven todavia, de penetrant e

© Biblioteca Nacional de España

mirada y elegantes modales.

Aunque aquel hombre es médico y se llama Averroes: aunque los sabios de todo el imperio mahometano le rinden veneracion y respeto, y la córte le cuenta en el número de sus favoritos, y aunque se halla en todo vigor en Europa la mágia y la astrologia, el lindo gabinete no ostenta como símbolos, blancas calaveras, lagartos llenos de paja, llamas azules ó verdes sobre botes de extrañas figuras, retortas, hogueras, hornillos, ni ninguna de esas aterradoras muestras de ciencia, tan comunes entre los médicos de su siglo.

Allí no hay mas que cogines estropeados por el uso y destinados á los huéspedes que espera; unos cuantos manuscritos, cubiertos por sendos pergaminos y puestos en estantes de caoba, y una mesa con algunos frascos de cristal, tapados herméticamente, y delante de ellos una tosca pluma en un tintero.

El gran Averroes, observa con particular atencion, á cada uno de los enfermos que se presentan implorando su ciencia; sus grandes cejas negras se fruncen, y su penetrante mirada hace temblar, al que es objeto de ella. De vez en cuando, y sin desplegar apenas sus labios, se dirije á la mesa, coje uno de los frascos, derrama parte de su contenido en una pequeña taza y la presenta al enfermo que bebe con avidez.

Despues de la hora entregada á estos estudios bienhechores, la puerta de la habitacion se cierra herméticamente: Averroes coje un pergamino, lo pone sobre su mano izquierda, y armada la derecha, con el instrumento, que obedece á su pensamiento y á su palabra, empieza á desleir en inmortales páginas, sus observaciones diarias, sus pensamientos filosóficos, sus dudas, sus creencias, todo.

Ningun criado, ni esclavo, ha intentado jamás atravesar los umbrales de su habitacion, el ruido de la puerta al cerrarse indicaba la voluntad del filósofo: aquel es el santuario de su cuerpo, como la cabeza es el santuario de su alma.

Y cuando llega el momento de la oracion: cuando el muezzin sube al minarete sagrado para llamar á los fieles al templo de su falso profeta, cuando las tinieblas empiezan á velar la tierra, Averroes mira al cielo que adquiere la majestad de lo vago, y lo misterioso, se arrulla en un éxtasis indefinible y sigue con una sonrisa despreciativa, á los lejanos bultos, cubiertos de vistosos alquiceles que obedecen á la ronca voz del santon.

Porque su meditacion elevada y grande no puede traducirse en palabras: porque no quiere fórmulas ridículas que enseñen á su pensamiento la grandeza de Dios, cuando no puede concebirle mayor en la naturaleza: porque las prácticas burlescas de su religion de placeres, no pueden satisfacer su espiritual imagi nacion.

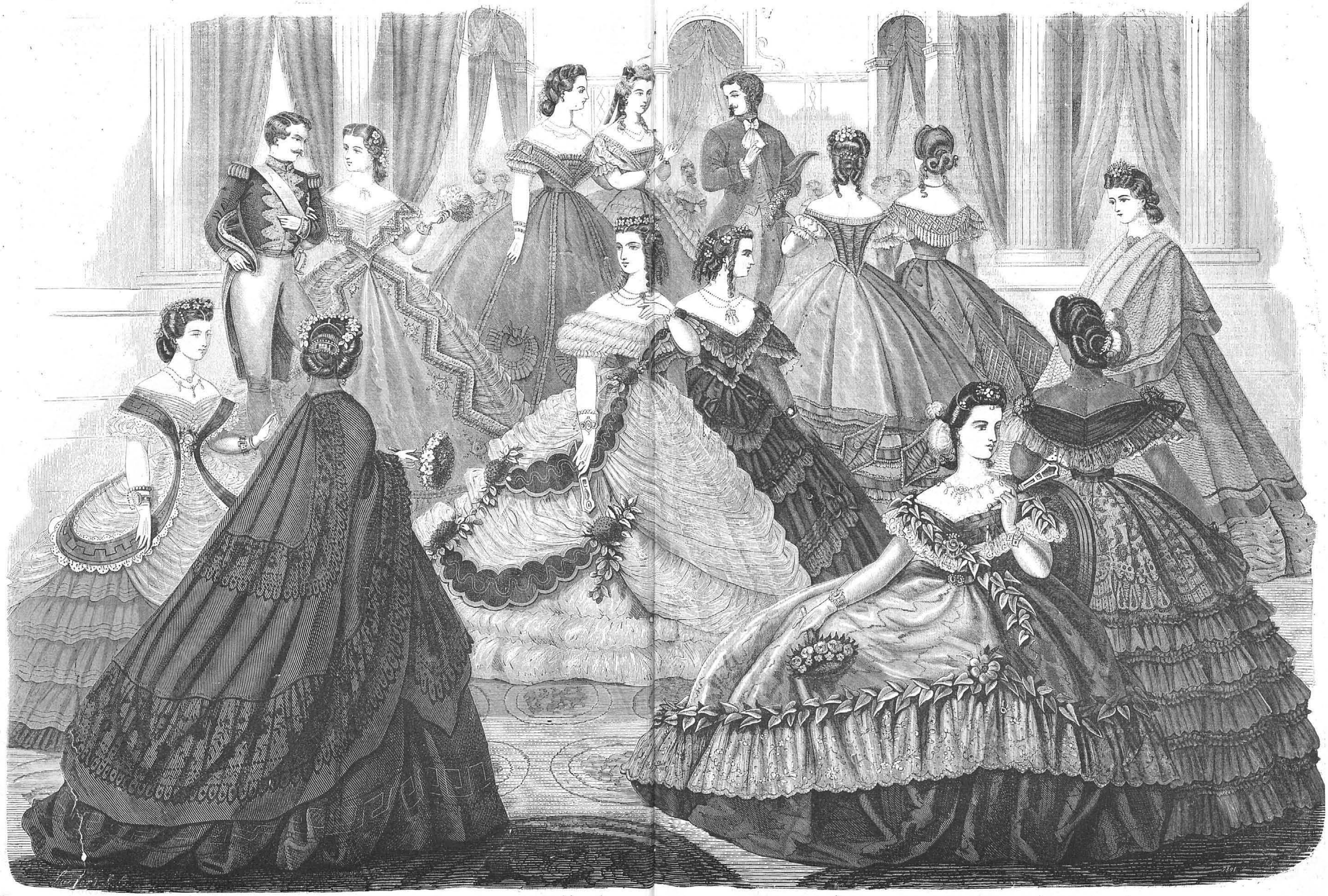
Muchos años atrás, cuando el bozo comenzaba á dibujar sobre sus labios, y el pensamiento enseñaba sus secretas aspiraciones á la voluntad: cuando la voz de todo lo que existe, le parecia el lenjuaje simbólico de una poesia encarnada en el mundo; Averroes empezó por ser el poeta dulce y amoroso, que amaba á la mujer como emanacion ideal de todo lo bello y dulce de la naturaleza: ideas encantadoras, visiones celestiales y fantásticas arrullaron sus sueños durante muchas noches, y quiso á toda costa personificar aquellos fantasmas,

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

TRAGE DE ALPACA color violeta.—La guarnicion se compone de dos rizados de hojas, ejecutados con tiras de tafetan negro de 15 centímetros de ancho. El corpiño montante y las mangas llevan una guarnicion semejante, pero ejecutada con tiras de 9 centímetros de ancho.

TRAGE DE GRÓS DE TOURS GRIS.—Lo bajo de la enagua está guarnecido con un volante encañonado, sobre el cual corre una tira de terciopelo gris, cuyos bordes van limitados por rulós de chinchilla: la levita, semi-ajustada, es semejante al trage; una tira de terciopelo gris le sirve de orla todo al rededor, así como á los delanteros, y forma una especie de peto sobre el corpiño de pelerina por detrás. Esta tira, adornada con arabescos ejecutados en terciopelo negro, va rodeada por rulós de chinchilla.—Las mangas de la levita están igualmente guarnecidas de terciopelo y chinchilla.

© Biblioteca Nacional de España



VESTIDOS PARA BAILES Y SOARES.

© Biblioteca Nacional de España

oir la melodía celestial de su voz y sentir en el rostro su perfumado aliento.

Pero el poeta espiritual y filósofo, no pudo encontrar en ninguna parte el ángel que su pensamiento buscaba: la mujer musulmana, degradada y envilecida, no era la mujer, que habia adivinado en el envangelio; en el evangelio sí, porque Averroes á pesar del exclusivismo é intolerancia de su pueblo, estudiaba en el silencio el espíritu de todas las religiones, que dividian al mundo de su siglo.

La mujer, pues, lasciva y sensual solo inspiraba terror al sabio, y desprecio al filósofo, y ni uno ni otro pudieron dedicar sus ideas, ni los latidos de su corazon, á un objeto indigno de su nombre.

Despues de su estudiosa juventud y en el momento en que le presentamos, escribiendo sus altos pensamientos que han atravesado los siglos, ya sus versos amorosos, habian ido convertidos en pavesas, á ser átomos impalpables de las brisas que acariciaban á las mujeres de los harenes.

II.

El gran médico acaba de recibir un pliego, cuidadosamente cerrado, con el sello de plomo pendiente, y la firma del sultan de Marruecos.

Averroes le abre sin prosternarse, ni besarle y lee negligentemente su contenido.

Á tí, Averroes, dice el epígrafe, al sabio, al ilustre entre los ilustres, el gran médico de Córdoba la santa, Almanzor el descendiente del profeta, te saluda como verdadero creyente &c.

Y haciendo un pomposo elogio del sabio español, el orgulloso emperador le nombra magistrado ó cadí, de su *capital y de todo el territorio* Mauritánico, en premio de sus muchos servicios, y en reconocimiento de su sabiduria.

Averroes vuelve á cerrar el pliego distraidamente, y aunque en él se le ofrece una de las prime. dignidades del imperio, su semblante toma una expres. marcada de disgusto, y su mano acaricia repetidas veces la luciente y negra barba.

Poco tiempo despues, y como si hubiese terminado su indecision, coge el pergamino y la pluma y contesta con rapidez á su augusto amo.

El *sabio modesto agradece inmensamente* las distinciones lisonjeras del sultan, pero asegurándole que la partida de su cara patria seria la causa indudable de su muerte, le promete enviar delegados que cumplan tan bien como él mismo, los altos deberes de su cargo.

De este modo, sin herir el orgullo del poderoso Almanzor, arroja de sus hombros la insoportable carga que iba á pesar sobre ellos, y puede dedicarse de nuevo á estudiar lo que su espíritu ansia, y á proseguir en el camino de gloria, que se habia trazado desde su juventud.

Sin embargo, su autoridad brilló en algunas ocasiones, impulsada por sus magníficos sentimientos de justicia.

El mal creyente para su religion, pero el hombre honrado segun los preceptos de Dios, no pudo transigir jamás con el materialismo epicúreo, reducido al placer, y á la grosera forma de la lascivia.

Otro filósofo, y otro doctor su amigo, quiso buscar en inspiraciones lujuriosas, nuevo camino á su fama que la sombra de Averroes, ocultaba para siempre.

El recto amigo y el filósofo espiritualista, supo el aventurado paso del mal filósofo.

La cólera subió á su rostro, para enrojecer sus mejillas: la filosofía fué sustituida en su corazon por la ira, y el filósofo buscó á su bajo amigo, para castigar públicamente lo que él creia la deshonra del hombre.

Pero el rayo de luz, no puede cortarse al capricho para limitar su accion, y la palabra que nace de la boca del hombre, no sabe en qué oido sonará conducida por el viento.

Un dia y otro dia, el gran médico oyó repetir los indignos versos que escandalizaban su virtud; un dia y otro dia el aire trajo hasta sus ventanas, los últimos *ecos de varias voces que los cantaban:* y el gran filósofo, dejándose caer pesadamente sobre su cojin, y apoyando con tristeza las manos en su rostro, fué cuando dijo lentamente, aquellas famosas palabras que la historia nos ha trasmitido:

«¿Cómo es posible que una mano tape mil bocas?»

Desde entonces los versos sonaron como palabras sin pensamiento en su oido: desde entonces permaneció impasible en todos los desaciertos de su amigo, y cuando éste, sabiendo su terrible oposicion dejó de seguir aquella estraviada senda, la mano de Averroes volvió á estrechar sinceramente la del filósofo, y los dos médicos volvieron á ser amigos.

Del mismo modo, sin la afectacion del orgullo, y sin la hipocresía de la maldad, el gran cordobés tuvo el suficiente valor para dar á conocer sus opiniones buenas ó malas, y para sufrir todas las consecuencias que sus doctrinas le acarreasen.

En esta cualidad halló todos los dolores y todos los consuelos de su vida.

III.

El porvenir y la vida del hombre es como esas estrellas eléctricas, que cruzan el cielo en las noches serenas: empieza á lucir, brilla intensamente y desaparece, sin que podamos decir fijamente cual ha sido su principio ni su fin.

Por eso el gran filósofo colocado en lo mas alto de su fortuna y de su gloria, no podia preveer de modo alguno, lo cercana que estaba su ruina y su descrédito.

En uno de aquellos dias serenos y hermosos que Córdoba debe con tanta frecuencia á su alegre cielo: en uno de aquellos crepúsculos vespertinos, en que Averroes sonreia irónicamente al escuchar la voz del santon, un esclavo, castigado aquel dia por su dueño, y ansiando vengarse, se acercó cautelosamente á la puerta del gabinete, y estuvo observando atentamente por sus rendijas todas las acciones y movimientos del sabio. Allí sorprendió aquella sonrisa imprudente y con la astucia de su degenerada raza, adivinó todos los pensamientos que *fermentaban en la mente del grande hombre.*

Conoció por instinto que Averroes odiaba la religion de Mahoma, y seguro de su venganza, y deslizándose como una serpiente que vá á caer sobre su presa, salió á imbuir en el ánimo del gran visir ó del sultan, los temores que abrigaba acerca de las heregías de su amo.

Los grandes de palacio, cabezas mezquinas, á quienes el orgullo científico del médico hacia bajar la cabeza, como la baja siempre la ignorancia ante la ciencia, escucharon con expresion de triunfo aquella delacion, que podia humillar al temido genio.

Mas generoso y mas noble Almanzor, rechazó por un momento indignado el interesado testimonio del esclavo; pero las palabras de un santon de gran influencia, le desviaron de sus propósitos, consintió en ser él mismo, instrumento de la observacion á que pensaba sujetarse al presunto herege.

A la tarde siguiente, las puertas de la casa de Averroes, se abrieron sin estrépito: una comitiva numerosa atravesó por las primeras habitaciones, conducida por el esclavo, y sin que los criados, con sus humildes zalás, pudiesen poner impedimento alguno al sultan, señor de sus vidas, que con su verde turbante marchaba al frente *de la comitiva.*

De este modo y en el mas completo silencio, el sultan se puso á observar lo movimientos de su médico.

Llegó la hora de la plegaria: el santon dejó escuchar su ronca voz, que llegaba clara y vibrante á los oidos de todos los circunstantes, en aquella misteriosa escena.

El filósofo miró segun su costumbre al cielo: pensó en la poesía que derramaba á manos llenas aquel hermoso crepúsculo: vió como la luz iba tomando mil colores, mas y mas pálidos para ir á perderse en las tinieblas de la noche: pero sus brazos y su cuerpo permanecieron quietos sin acatar las leyes de su falso profeta.

El sultan abrió silenciosamente la puerta y solo, y cruzado de brazos se presentó ante el absorto Averroes que hizo involuntariamente al verle, un movimiento de terror.

—El buen creyente, el sabio médico, dijo con templanza Almanzor, no oye la voz del muezin que cumple la ley del profeta, y ora por nosotros.

El filósofo se puso en pié con respeto, pero sin bajeza ni temor.

—El pobre Averroes, sultan, le contestó, vé á Dios en lo alto de ese cielo que es el paraiso, y le parece mas grande que todas las pequeñeces de la tierra.

—Pero el creyente ha de obedecer la ley, y no importa que tenga en su pecho otra que le imponga nuevos deberes.

—La luz del sol borra la de la luna y la de la luna las de las estrellas: la inmensidad de la naturaleza, borra de mis ojos la figura del muezin: la voz de la brisa, de los pájaros que trinan y de las fuentes que corren, borra en mis oidos la del elegido del profeta.

—Pero el sabio Averroes, no estará sordo ni ciego siempre para esa voz, y *la obedecerá como la voz de un* hombre superior.

—No, sultan, mi labio no acoje la mentira, como mi corazon no alienta el miedo: los oidos y los ojos de Averroes han estado siempre cerrados para esa voz cuando la naturaleza me habla en esta hora solemne.

—Basta, dijo Almanzor con fiereza: el hermano reniega del hermano y debe ser castigado: el orgullo de tu ciencia te ha ensoberbecido y debes retractarte ante el santo hombre, que conoce y repite la palabra de Dios.

Y asi diciendo, abrió de par en par la puerta del aposento; hizo penetrar en él á toda su comitiva, y dando algunas órdenes desapareció con ella, en tanto que el filósofo volvia á su tranquilidad habitual, y miraba las estrellas, que en el firmamento iban apareciendo.

IV.

Pocos dias despues, y á la puerta de la célebre mezquita la Ceca, honra de Córdoba, se daba un espectáculo bárbaro é imponente.

Un hombre de unos cuarenta años, de bello rostro y simpática presencia, atado á un palo de madera, junto á la puerta, recibia sin murmurar las carcajadas de la plebe brutal, y sentia sobre el rostro el insulto de su raza, que le escupia para complacer al poderoso Almanzor.

Aquel hombre era Averroes, acusado de heregía; aquel era el gran filósofo y el gran médico, á quien tantos temian y adoraban en la morisca ciudad: aquel era el buen corazon y el recto juicio, que admiraban todos sus conciudadanos.

Averroes estaba con la cabeza caida sobre el pecho, cubierto de palidez cadavérica, súcia y desordenada la barba y lleno el semblante del lodo y la saliva, que le arrojaba su pueblo.

Pero bajo aquel exterior débil y y moribundo, continuaba en todo su vigor la vida del pensamiento y del alma, y los latidos tranquilos de su corazon, y la profundidad de su mirada, eran los únicos indicios de esa otra vida.

Una nube de pasagera tristeza, anubló sin embargo su semblante por un momento, y pareció perturbar su tranquilidad espiritual.

Al levantar la cansada cabeza, despues de muchas horas, oyó los sarcasmos del filósofo lascivo á quien pudo condenar, y á quien habia estrechado la mano.

¡Era el primero de una larga série de sus discípulos y compañeros de ciencia, que iban á escupir, no al herege de su religion, sino al sabio de su imperio: no al que les deshonraba con su escepticismo, *sino al que* los humillaba con su inteligencia!

Averroes levantó los ojos al cielo, y en aquella mirada suprema, encontró nuevas fuerzas, para mantener vivo su espíritu, y acabar impasible su martirio.

Su fuerza de voluntad no le habia permitido retractarse públicamente, y solo el sultan escuchó su declaracion verdadera, puesto que juró creer en Dios, y ese Dios sin su falso profeta era el culto de toda su vida.

Pero tambien en aquel dia terrible tuvo el gran médico algunos instantes de felicidad.

Un anciano de cana barba y dulce fisonomía, se aproximó lentamente al círculo, de que era centro el castigado. Le conoció con asombro, le miró un instante con dolorosa compasion, y acercándose á él, limpió su rostro con el extremo de su caftan, diciendo á todos los musulmanes que le miraban con estupor:

—¡Es el salvador de mi hija!

Y la chusma, vocinglera y estúpida, que injuriaba al condenado, se apartó respetuosamente ante aquel anciano que era el único emisario de su misericordia.

Y aquella tarde, cuando los emisarios del sultan, le comunicaron la órden de su libertad: cuando volvió á su *huérfano gabinete á presenciar de nuevo aquella puesta* de sol, que habia sido la causa de su suplicio, Averroes se arodilló junto al alfeizar de su ventana, y sin desplegar las labios miró fijamente al cielo, como pidiéndole perdon de sus antiguos extravíos y de su orgullo científico.

La voz del santon empezó entonces á perderse fúnebremente en los aires, y sus criados y la gente que le veia exclamó:

—Ved al sabio mas sumiso á las órdenes del sultan, y al verdadero y santo profeta.

Y entre tanto el filósofo, compadecia interiormente á su pueblo por su ignorancia, y lloraba con lágrimas de sangre, haber nacido en una época, que no podia de modo alguno comprenderle.

Si por un momento la luz cristiana, hubiera dado en sus ojos, Averroes, seria hoy un humilde defensor de Jesus, porque Jesus ara su sueño ideal.

La historia no ha podido transmitirnos sus pensamientos religiosos, que una mano bárbara sellaba contra los labios, apenas intentaban pronunciarse: pero si no fué cristiano, al menos tendió dentro de su falsa religion á buscar ese fin que le era desconocido, y que su imaginacion le presentaba, como símbolo de la perfeccion.

Pero á pesar de todo y en el secreto de la tradicion han llegado hasta nosotros el resúmen de sus apreciaciones religiosas.

La religion musulmana, decia el filósofo (despues de compararla con sus aspiraciones y su razon), es una religion *de puercos:* es el epicurismo de los placeres y la apoteosis de la sensualidad: la religion musulmana no es digna de mí.

Los hombres, continuaba, adquieren su religion en la infancia de su pueblo, y como la infancia de los pueblos *es como la infancia de los hombres,* la religion hebrea les ha prescrito las reglas mas minuciosas, para todas sus acciones y para todas sus horas: por eso la religion judaica, es una religion de muchachos.

Despues, al ocuparse de los cristianos, al examinar sus grandes máximas, al sentir dentro de su pecho la bondad y la belleza de sus doctrinas, al conocerse débil para atacar el grande edificio del Crucificado, el filósofo que queria ser escéptico, no halló una sola frase que ridiculizase las creencias de los vencidos y vencedores de su raza, y solo cuando los misterios de la religion del pais, no pudieron caber en sus imperfectas ideas, fué cuando encontró una frase para calificarla de imposible: es decir de perfecta, de grande y de misteriosamente espiritual, porque tal era la significacion de esa frase en sus labios: y los creyentes mahometanos, que recojian su herencia y sus pensamientos, que defendian su ley, siendo intransigentes para cualquiera otra, no pudieron hacer mas que empequeñecer y desfigurar su célebre frase, asegurando que esta imposibilidad de la religion cristiana, estribaba en el sacramento de la Eucaristta.

¡Interpretacion mezquina, que rechaza la gran sombra de Averroes!

V.

En los últimos dias de su vida le volvemos á encontrar inmóvil en su sitio favorito, sintiendo que su alma y que su espíritu querian abandonar su cuerpo, y mirando sin embargo al cielo que creia su patria, y á donde le llamaba su afan de sabiduria y de felicidad.

Su frase favorita, que indicaba claramente la deificacion que su espíritu habia hecho de la ciencia filosófica, iba á tener cumplido efecto:

«¡*Moriatur anima mea, morte philosophorum!*»

Y de este modo, aquel cuerpo y aquel alma, se iban separando sin transicion brusca, sin dolor, y sin enfermedad alguna.

Entonces recordó el filósofo sus desórdenes juveniles y sus sencillos extravíos y el móvil que á ellos le condujera.

© Biblioteca Nacional de España

¡Queria atraer sobre su persona la crítica de la envidia, para dejar incólume la ciencia, su patrimenio querido, su altar inviolable!

Y aquella crítica ciega, se dirijió algunas veces contra el hombre virtuoso, y dejó de cebarse en obras que sus contemporáneos no podian siquiera imitar.

Al pensar que aquellos pequeños defectos pudieran ser una mancha en su ejemplar vida, el filósofo no pudo menos de dirijir su voz al Dios desconocido y grande *que adoraba* y *decir tristemente*:

«¿Por qué al nacer no me habeis dado una razon madura?»

Mandó *que le trajesen para leer* y revisar todas las obras, herederas de su nombre, y entonces quemó los últimos restos de aquellas poesias, que encendieron su imaginacion en los primeros años.

Escribió las últimas lineas de su última obra, y en uno de aquellos crepúsculos que tanto influian sobre su corazon, cuando iban á apagarse los últimos restos de luz, se apagó tranquilamente la de su vida, que se durmió sin esfuerzo alguno en el sueño de la eternidad.

Sus sucesores guardaron religiosamente el tesoro de sus obras y la imprenta se encargó de arrojarlas desde la España católica, á toda la Europa culta.

Por esto los tratados *de natura orbis, y de re medica* con otros menos importantes, se conservan hoy todavia en la coleccion de sus obras impresa en Venecia, que llevan por titulo *Collectaneorum de re medica sectiones tres*.

¡Es el único recuerdo que nos queda de los grandes pensamientos del olvidado filósofo!

Eduardo Serrano Fatigati.

—34—

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

—Despues hablaremos de eso, exclamó el doctor volviéndose á sentar al lado de Lucy. ¿Os acordais hace ocho años de tal dia como hoy?

—Lo mismo que si fuera ayer. Podria dibujaros aun el momento en que me dijisteis que tratara de andar... El sonido de vuestra voz en aquel momento aun resuena en mi oido.

—¡Mi noble amiga? dijo Antonio; nunca la menor *señal de interés pasó desapercibida. Os confieso que te*nia mucho miedo en aquel instante; así estuvo en proporcion mi alegria.

—Si, temiais *que* me quedara *coja*, y os alegrásteis al ver que no...

Antonio la miró con sorpresa.

—Negadlo, si os atreveis, añadió Lucy con la risa en los labios.

—No lo niego; al contrario, hago justicia á vuestra penetracion.

—*Las señoritas, continuó* Lucy con tono malicioso, no son siempre tan ciegas ni tan necias como parecen. Nunca me engañásteis como á sir John diciendo que no *era mas que una torcedura; yo supe desde el primer* instante que tenia la pierna rota.

Antonio abrió sus ojos cuan grandes eran.

—¡Qué disimulada *sois! exclamó al fin; ¡sabiais que* teniais la pierna rota y no me dijisteis nada!...

—No, repuso Lucy, quise dejaros todas las ventajas de vuestra generosa mentira. Os permití engañarme.

Antonio no respondió; pero tomando la manita blanca que colgaba del brazo del sillon en donde Lucy estaba sentada, la llevó lenta y solemnemente á sus labios.

En aquel instante el ruido seco de una descarga de fusileria hizo temblar los cristales de la casa.

—¿Qué puede ser eso? exclamó Lucy sobrecogida de *un espanto mortal*.

—Nada grave, contestó Antonio haciendo un enérgico esfuerzo para aparentar sangre fria. Sin duda es *un poco de pólvora que gasta el gobierno para saludar* la apertura del parlamento. Y ahora pienso que debo marcharme.

Al tomar el sombrero se oyó otra descarga seguida casi inmediatamente de un fuego graneado muy vivo.

—¡Se están batiendo! exclamó Lucy en el colmo del terror: no salgais, por Dios; ¿para qué? ¿qué puede hacer un hombre solo?

—Darse testimonio á si mismo de que ha hecho todo lo posible para evitar la guerra, respondió Antonio con aire resuelto; dejadme salir, os lo suplico.

—¡No saldreis! exclamó Lucy casi loca de espanto y colocándose entre Antonio y la puerta.

El doctor la miró fijamente.

—¡Debo salir! exclamó.

Y esto fué como si hubiese hablado el destino.

Lucy se sintió de repente incapaz de luchar contra aquella voluntad de hierro. Cruzó las manos, clavó sus hermosos ojos en el del doctor y dijo:

—¡Oh, Antonio!...

En esta simple invocacion habia un mundo de cosas.

El italiano la estrechó fuertemente sobre su corazon.

—*Lucy*, dijo solemnemente, no es ocasion ahora de gastar palabras. (El fuego continuaba oyéndose mientras hablaba.) Lucy, os amo, os amo tiernamente desde hace *ocho años*, y *os amaré hasta el último instante de mi* vida. Pero mi pais tiene sobre vos derechos anteriores; derechos que juré respetar en aquel dia en que las preocupaciones, con un arbol genealógico en la mano, se colocaron entre nosotros dos. Aquel dia me consagré de nuevo y enteramente á mi pais. Dejadme que cumpla mi juramento; dejadme que cumpla con mi deber... ayudadme á cumplirle... ¡Lucy! mi amada Lucy, ayudadme á ser digno de vos y de mi mismo... ¡En nombre de todo lo mas sagrado, dejadme salir sin dar lugar á una lucha dolorosa!...

El heroismo que dictaba á Antonio esa inmolacion *de si mismo en el momento mas dulce de su vida*, resplandecia sobre su rostro y hacia temblar su voz.

A los ojos de Lucy apareció trasfigurado en un ser *sobrenatural. La naturaleza mas débil de la jóven se* elevó en aquel momento supremo á una altura en la cual son posibles todos los sacrificios.

—¡Noble corazon! dijo con una explosion de entusiasmo: marchad, Dios os proteja. Quiero tratar de ser digna de vos.

Y al decir estas palabras cesó de detenerle.

—¡Dios os bendiga por esas palabras! exclamó Antonio fuera de si, estrechando las manos de Lucy sobre su corazon. ¡Dios os bendiga! Vuestro amor será mi *escudo*.

Y hablando así la llevó á un sofá y la dijo al oido:

—Pronto me volvereis á ver ó recibireis noticias *mias*.

Se detuvo un segundo á contemplar á la pobre criatura extendida delante de él casi inanimada, enjugó una lágrima y salió sin articular una palabra mas.

En la antesala encontró á Miss Hutschin en su puesto acostumbrado. La pidió tinta y papel y escribió algunas lineas que la entregó diciéndola:

—Id con vuestra señora que no se encuentra bien; si se empeora, llamareis al médico cuyo nombre y señas están en ese papel.

—¿*Os vais á Nápoles? preguntó Hutschin* comprendiendo al punto la causa del malestar de su señora.

—No me marcho, pero quizás no podré venir en al*gun tiempo. Id á ver á Lady Cleverton. Adios, Hutschia*.

Y Antonio tendió la mano á la fiel sirvienta.

Hutschin muy apesadumbrada se levantó á cumplir con las órdenes del doctor.

Entonces Antonio sentándose á la mesita de labor, escribió de prisa una carta, la cerró, puso el nombre de la persona á quien la dirijia, y sin echar una ojeada á la puerta cerrada se puso su sombrero y salió.

Durante este tiempo miles de hombres corrian como locos por las calles, destacamentos de soldados se cruzaban en todas las direcciones, la ciudad se cubria de barricadas como por encanto, y ya se batian en muchas *de ellas; en una palabra, la guerra civil con todos sus* horrores se habia declarado en la hermosa ciudad de Nápoles.

¿Qué mano sacrilega habia encendido la antorcha de la discordia? ¿Quién habia disparado el primer tiro? Nadie lo sabia entonces, y aun en el dia es un secreto.

Al salir á la calle Antonio vió á un sacerdote que pasaba apresuradamente.

—¿Qué hay? le preguntó.

—El rey está preso, el heredero presuntivo encerrado en un convento, y la Cámara de diputados se ha declarado en permanencia.

Poco despues un jóven se atravesó en la direccion *que llevaba Antonio, corriendo y gesticulando como* un loco.

El doctor le detuvo tambien y le hizo la misma pre*gunta*.

—Todos los diputados reunidos han sido asesinados, los que iban á la Cámara son perseguidos como fieras, la ley marcial está proclamada. ¡Oh! ¡si pudiera yo hallar un fusil!

Nuestro doctor no creyó ni una ni otra respuesta; pero de ámbas sacó las consecuencias mas tristes.

Atravesó la *Piazza Reale*, donde encontró una fuerza imponente de infanteria, caballeria y artilleria formada delante del palacio, y prosiguió su camino hácia el punto donde salian los tiros; no obstante, al entrar en la calle de Toledo se quedó detenido por una barricada que estaban levantando.

*No se paró á preguntar, sino que se abrió paso á tra*vés de los obstáculos, y corrió á otra barricada que habia distinguido de lejos, en donde resonaban detonaciones continuas.

La mayor parte de los que la defendian era de la alta clase, jóvenes casi todos; su número ascenderia á cuarenta.

Antonio no podia distinguir á los que atacaban, porque la misma barricada se lo impedia pero su fuego regular y bien nutrido hacia comprender que procedia de un cuerpo disciplinado y numeroso.

Antonio se preguntó durante un segundo si le seria posible hacer oir algunas palabras; pero viendo que en *aquellas circunstancias ninguna tentativa de conciliacion* ofreceria la menor esperanza de ser acogida, miró en torno suyo para encontrar un arma.

La vista de un hombre que yacia á *sus piés* gravemente herido cambió instantáneamente el curso de sus ideas. Habia para él otros deberes mas sagrados que llenar que el deber de combatir; se arrodilló junto al herido que era un mozo muy jóven, sacó su caja de instrumentos y se puso á examinar y á curar la herida.

Varios de los combatientes fueron cayendo al suelo; para algunos todo socorro humano era inútil.

Antonio se encontraba en su elemento. Se quitó la *levita, y ocupado enteramente en los cuidados que pro*digaba á los heridos y á los moribundos, olvidó que las balas llovian en su derredor.

Un [illegible] inmenso lanzado por los defensores de la barricada le hizo por fin alzar los ojos y los vió agitando sus manos y gesticulando. Volvió la cabeza para distinguir lo que ellos señalaban, y un bayonetazo le hizo rodar en su propia sangre.

XXIV.

EL DRAMA.

Dejaremos que se imagine el lector las angustias de Lucy durante aquella lucha fatal, las punzantes alterna*tivas de esperanza y de desesperacion que tuvo que* atravesar en la semana eterna que siguió á la catástrofe; y en fin, su desaliento creciente al ver abortar una tras otra todas las tentativas para descubrir el paradero de Antonio.

Describir semejante estado seria una tarea demasiado cruel, y además no tendria objeto. ¿Quién podria trazar en su verdad desgarradora unos tormentos de incertidumbre y de terror como los suyos? Las palabras serian insuficientes para ello.

En tanto que hubo algo que hacer para indagar la suerte de Antonio, el cuerpo y el espíritu de Lucy se sostuvieron maravillosamente; pero cuando ya se con*venció de que habia recurrido á todos los medios posi*bles; cuando en fin debió cruzarse de brazos y decirse; —«Antonio está muerto, pues si no le habria visto ó tendria noticias suyas,» entonces su delicada organizacion y la energía de su espíritu decayeron al mismo tiempo.

Aun en aquella crísis la solicitud y el amor de Antonio se cernian sobre el lecho de dolor de Lucy. Hutschin abandonada á su propia responsabilidad, corrió á buscar al punto el médico indicado por Antonio, cuyo *celo y habilidad justificaron la confianza de nuestro* amigo.

Durante diez dias la vida y la razon de Lucy estu*vieron en un hilo*.

Despues hubo una mejoria casi imperceptible y con ella intervalos de media lucidez, en los cuales se imaginaba ver moverse sin ruido por el aposento una figura que se parecia á Speranza.

Naturalmente, no era ella. ¿Cómo habria podido ser Speranza?

Sin duda era un efecto de pura imaginacion.

—¡Lucy habia visto en aquellos últimos dias tantas cosas y tantas personas extrañas!

Sin embargo, aquella vision no la dejaba como las otras; la perseguia tan obstinada, que hacia palpitar con violencia su corazon.

La pobre enferma no decia nada, pero ella la seguia con un placer evidente. Al cabo llegó á verla. Quizá se figuraba hallarse todavía con su padre en la posada, ó bien en la casa de posta de Mentone.

Los nombres que sus labios desfallecidos murmuraban á veces indicaban alguna ilusion de este género. ¡Pobre Lucy! ¡Sus ideas estaban tan confusas y su vista tan turbada!

Una noche, al cabo de algunas horas de un sueño bienhechor, se despertó con las ideas mas claras que de costumbre, y encontrando dos ojos negros que velaban sobre ella como en la posada, preguntó en voz baja:

—¿*Sois Speranza?*

—Dios os bendiga, mi querida señora; si, soy Speranza.

Y *se arrodilló* estrechando contra sus labios la *mano* que Lucy la tendia.

—Si, soy yo, y nunca me apartaré ya de vuestro lado. Pero no debeis hablar, ni debeis decir una palabra mas.

Y arreglando los almohadones, Speranza volvió al otro lado el pálido rostro de Lucy.

La enferma obedeció el mandato; no necesitaba mas explicaciones; estaba satisfecha y calmada al cerciorarse de que la italiana se encontraba á su lado.

Pero ¿por qué *circunstancia misteriosa* Speranza se encontraba á la cabecera de Lucy, precisamente en el instante en que tanto la necesitaba?

Por una circunstancia sencilla y natural, Speranza era el último obsequio que el cariño de Antonio habia podido hacer á Lucy.

La italiana la comprendia tan bien, que instintivamente Antonio adivinó que seria para ella el alivio mas grande si á él le sucedia alguna desgracia.

Con efecto ¿no seria en tal caso un consuelo para Lucy el tener á su lado una persona simpática con quien hablar?

Por eso habia escrito á la mujer de Battista aquellas breves lineas que vimos trazar con mano rápida.

«A menos, le decia, que en el espacio de una semana, contando desde el recibo de su carta, no recibiera *otra, se debia embarcar inmediatamente para Nápoles* y pasar á la fonda que le indicaba, donde estaba Lady Cleverton.»

Speranza habia seguido puntualmente estas instrucciones, y habia llegado á Nápoles á servir de enfermera á su amada Lucy.

Los que siembran en la bondad cosechan tambien en en ese campo fecundo.

La convalecencia de Lucy fué muy larga.

Pasaron tres semanas antes de que la enferma pudiera sentarse en su lecho, y pasó mas de un mes antes de que pudiera estar una hora levantada.

Por fin, solo al cabo de dos meses recobró bastante *fuerza para soportar un paseo en coche al aire libre*.

Esta primera salida produjo una recaida;—la vista de las calles, de los soldados, de las mujeres que se

© Biblioteca Nacional de España

apoyaban risueñas en el brazo de sus amigos ó de sus esposos, en tanto que ella era tan desgraciada y estaba tan sola, fué una prueba muy dura de soportar.

Muchas personas pararon su atencion en aquel semblante pálido que lanzaba ávidas miradas á todos los coches que pasaban.

¿Qué esperanza loca podia ser la suya?

Ahora era fácil ver cuán feliz habia sido la idea de llamar á Speranza á Nápoles. ¿Qué otra persona habria sabido entonces comprender ó consolar á Lucy.

A veces saliendo de repente de un largo acceso de letargo, Lucy hablaba de Antonio horas enteras.

Speranza sabia mejor que nadie cuánta bondad, afecto y nobleza de alma él habia demostrado, y Speranza podia comprender qué amigo Lucy habia perdido.

¿Para qué luchar contra su dolor? ¿Dónde hallaria jamás un hombre semejante? ¿Quién habia sido nunca para Lucy lo que habia sido Antonio?

(Se continuará.)

¿En qué punto comienza la Cuaresma? ¿Cuál es el dia en el que no nos queda duda de haber entrado de lleno en el tiempo que la Iglesia especialmente consagra á la oracion, al ayuno, á la penitencia?

Véase aquí una pregunta cuya respuesta parece muy terminante segun el almanaque, pero que no es tan clara ni con mucho si interrogamos á los usos un tanto absurdos del mundo.

La inauguracion oficial de la Cuaresma es indudable que se verifica el miércoles de Ceniza. El número de la locura ha hecho ya entonces enmudecer sus cascabeles; el frenesí ha desaparecido; las máscaras de la anterior noche han colgado de una percha sus domiños y sus caretas; sus chillonas voces no ensordecen ya el aire; la sagrada ceniza, puesta en las frentes de los fieles, parece como que ha hecho olvidar los por desgracia no siempre inocentes desahogos del ya difunto carnaval.

¿Será efectivamente verdad que aquellas terribles palabras de *eres polvo, y has de tornarte en polvo* han tenido poder bastante á infundir en aquellas almas un deseo eficaz y ardiente de prepararse para el tiempo santo? Todo lo indica así. Las gentes acuden á los templos, y allí se oprimen y allí se codean, porque el espacio les falta, tanto es su número. En las sagradas cátedras resuena la palabra divina, y el fervor, la atencion con que se escucha inducen á creer que la semilla fructificará. Estamos, por tanto, en plena cuaresma.

Transcurren cuatro dias no mas. Al cabo de ellos, y como si estos cuatro dias hubieran sido el sueño de una sola noche, oimos de nuevo al despertar el agudo chillido de las máscaras, lo ecos de las músicas que recorren las calles y las plazas, el confuso ruido de las turbas, el rasguear de las guitarras; por aquí transita una comparsa, por allí asoma una alegre cabalgata, mas lejos una máscara descarriada es perseguida á voces por los chicos; el gentío es inmenso, los tablones de las esquinas son insuficientes á contener los carteles de los bailes; y llega la noche, y estos bailes rebosan de gente todos ellos, y hay bromas, y hay libertades, y lo que es peor que todo eso, hay mas licencia aun, mayor desenfreno que en los dias mismos del carnaval.

¿Pero estamos todavía en él ó en Cuaresma? Si lo primero, ¿á qué fué aquella ceniza, á qué aquellos sermones, á qué toda aquella apariencia de compuncion? Si lo segundo, ¿á qué estas máscaras, á qué estos bailes? ¿En qué quedamos en fin?

A esta pregunta responderán mil voces sin vacilar: «No estamos en carnaval; no estamos en Cuaresma: estamos en Domingo de Piñata.»

En vano les objetaremos que, segun la Iglesia, éste no es ni mas ni menos que un Domingo de Cuaresma, lo propio que todos los demás. Con decirnos que tal es la costumbre, ya no imaginan que haya objeccion posible.

Por mas absurda que sea, ello es que en efecto se ha introducido entre nosotros semejante costumbre, y añadiremos que su introduccion es bastante reciente.

No hace todavia muchos años que en la mayor parte España, inclusa la capital, ni aun se sabia qué cosa fuese el Domingo de Piñata. Es en efecto, como su nombre lo indica, una importacion de Italia, puesto que *pignata* es sabido que quiere decir en castellano *olla*, aludiéndose á la que se rompia en los primeros dias de la Cuaresma, como en señal de ser ya inútil, toda vez que durante esta época no se hacia uso alguno de carnes. Pero es el caso que ahora se rompe la olla, y sin embargo se come olla, lo cual hace que este acto simbólico no tenga ya sentido alguno.

Los franceses tienen su *mi-carème*, y en Lorena, segun el historiador Cantú, se quemaba en tal dia un pelele, llamado *el pelele de las mujeres de mala vida*. En todas partes, en fin, el carnaval ha procurado hacer irrupciones en los dominios de la Cuaresma, y casi siempre ó siempre lo ha conseguido; porque para que una cosa llegue á establecerse, á hacerse costumbre general, tiene ya mucho adelantado en el mero hecho de ser absurda, de hallarse en pugna con el buen sentido; y esto no tomando aquí en cuenta las prescripciones de la Iglesia. Y si no, ¿hay práctica que mas repugne á los sentimientos de la naturaleza que los velatorios de los niños muertos, en los que la gente de la plebe acostumbra á reunirse en son de broma y de algazara, en los que se canta, se toca la guitarra, se baila, se rie y se bebe descompasadamente, mientras junto á aquel cuarto los padres lloran con el corazon traspasado de dolor?

Tal es la fuerza de la costumbre. Si ella, que ha introducido los bailes y las máscaras en un Domingo de Cuaresma, si ella, que en Semana Santa da en Longchamps á los parisienses el paseo mas mundano de todo el año, se propone, como de seguro se propondrá, dar un paso mas en esta senda de invasion, no estrañaremos llegue un tiempo en el cual, al lado de un anuncio de los oficios del Viernes Santo, y á par de los ejercicios de las tres horas, se levante el cartel de un baile de máscaras para aquella noche, y otro de una corrida de toros que solemnice el recuerdo de la pasion del Salvador.

Por algo se empieza, y lo peor es que ya hemos empezado.

En tanto que esto llega, diremos que, pasado el paréntesis de la piñata, los templos han vuelto á ser invadidos por el gentío, que han comenzado desde luego los tríduos, las novenas y los setenarios, los cuales tienen lugar este año con toda la solemnidad, pompa y explendidez que aquí se acostumbra, y que ya son proverbiales en Cádiz. El pasto espiritual es abundante, y aunque el fallecimiento reciente de nuestro incansable y doctísimo pastor ha dejado un gran vacío en las filas de los oradores sagrados por la rara elocuencia de su palabra, vemos con placer que otros jóvenes oradores como el Sr. D. Servando Arboli, han principiado á ensayar sus fuerzas en la cátedra del Espíritu Santo, y que estos ensayos nos prometen que llegará pronto un dia en que la juventud que aquel prelado formó y educó para la Iglesia será digna de su sabio maestro.

Las explicaciones de doctrina cristiana que por primera vez han pronunciado en los pasados dias los apreciables y virtuosos jóvenes felipenses Don Salvador Martin y Martí y Don Ventura Rubin de Celis, han llamado grandemente la atencion pública, y han atraido una concurrencia inmensa al templo del Oratorio. Muy bien han comenzado ámbos la carrera del sacerdocio, y esperamos que un dia no lejano llenarán brillantemente su mision sagrada, siguiendo el ejemplo y la doctrina de su ilustre guia y Padre Prepósito el doctor Don Sebastian Herrero, una de las grandes lumbreras de nuestra Iglesia.

Olvidamos manifestar, al ocuparnos del Domingo de Piñata, que en él no hubo ninguna de las diversiones oficiales preparadas por el Ayuntamiento para los dias del carnaval, y que el Miércoles de Ceniza desaparecieron los tablados y adornos sin excepcion.

Decimos esto en honra de la corporacion municipal.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL SALTO DE CABALLO.

No-	Si	per-	á	precies	qué	da,	ar-	
der	las	des-	bra-a-	vi-	rojas	el	te	
Si	que	en	alas.	la	fácil	ra	a-	te	y	ri-	vi-
to	das	llamas,	Que	pe-	Dime,	Que	des	nazcas,	a-	Que	es
las	no	tu	zas	es	tus	no	pa-	el	po-	so,	ma-
pier-	her-	te	es-	nix,	ran-	mas	zan;	ron-	re-	im-	sa
tu	A	has-	mi-	ar-	al	ame-	pe-	yos	Pues	te	cobrar
mo-	galan-	de	Fe-	gro,	i-	ra-	Que	na-	ble	que	po-
luces	pom-	das	de	tar	dan,	li-	te	tus	za	la	cen-
por-	so	sus	pa	que-	Mira	no	i-	Bas-	no-	si-	en
	te	ten-	bay	gua-	mas.	No	ni-		de		
	no	tar,	que	pre-	ce-	han-	I-		ta.		

Principia en la 2.ª casilla de la última fila, y concluye en la 7.ª fila, 2.ª casilla.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA M. T. Y O.

Dijo el campo á la dulce primavera:
"¿Por qué me dejas, si eres mis amores?
¿Por qué te vas así? ¿No mas valiera
Que eterno fuese el reino de las flores?
Vendrá el ardiente estío
Mis hojas á abrasar, y el crudo yelo
Con su manto sombrío
Cobijará despues mi hoy verde suelo.
Ten piedad de mis galas:
No te ausentes de mí, pliega tus alas."

Primavera responde:
"Del destino la ley es la ley mia,
¿Dónde viste tú, dónde
Eterno el bien y eterna la alegría?
Otro campo, otro bosque, otra pradera
Ansian, cual tú, gozar su primavera:
Mas si á tus votos mi poder no alcanza,
Un recuerdo te dejo, una esperanza."

Dulce recuerdo de amistad ferviente
Nos dejais al partir, bella María;
Dejadnos igualmente
La esperanza de veros algun dia.

Cádiz—1863.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

VESTIDO DE BODA. Trage de terciopelo de paño, ó de moaré antiqué blanco. La enagua vá guarnecida por 5 rulós de cisne, separado por un espacio de 10 centímetros. Chaleco igual al trage. Chaqueta cerrada desde el cuello, redondeándose por los lados, y mas corta que el chaleco, el cual se deja ver por abajo. Mangas muy largas con puño semi-ancho, abiertas por la costura; los brazos, cubiertos por una manga interior de tul á bullones y guarnecidas de encage, pasan por las aberturas de las mangas de la chaqueta. Esta lleva todo al rededor rulós de cisne que tambien guarnecen las sisas. El extremo de las mangas y los delanteros de la chaqueta se cierran con presillas de pasamanería blanca. Gran velo de tul blanco; guirnalda de espino blanco y azahar; ramillete igual colocado en el chaleco, debajo de la abertura de la chaqueta. Botitos y guantes blancos.

TRAGE DE MOARÉ ANTIQUÉ MALVA, orlado por un rizado estrecho encañonado, sobre el que corre un guipur negro estrecho, con el dibujo en el aire. Un ancho entredos de guipur negro, rodeado por otro guipur estrecho, guarnece por abajo el trage, sube por ámbos lados formando delantal, y se vá aproximando al del lado opuesto al subir hácia el talle; disminuye de ancho en el corpiño, y se separa del otro dirijiéndose á los hombros, despues guarnece el escote por detrás. Borlas y lazos de pasamanería van colocados en el delantero de la enagua y del corpiño. Mangas semi-anchas, guarnecidas como la enagua. Cachemira larga. Sombrero de crespon blanco con plumas, y diadema de margaritas malvas.

Solucion del geroglífico del número anterior.

Al que va de paso cañazo.

EDITOR RESPONSABLE: D. FÉLIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA.
Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España